

XVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, Ciclo B

GENEROSIDAD HUMILDE

Los pasajes bíblicos que la liturgia nos ofrece para la misa de este domingo son introducción a la doctrina que sucesivamente se nos irá ofreciendo las siguientes semanas. La mirada estará siempre puesta en la Eucaristía. pero no se nos ofrece de sopetón, seamos pues leales y humildemente sumerjámonos en los textos de hoy.

Es pura anécdota, pero puede sacársele su jugo. Fijaos, mis queridos jóvenes lectores, que se habla de peces, que no son manjares exquisitos. Muchos de vosotros, posiblemente, no apreciaréis este alimento, diréis que tiene espinas y poco buen sabor. Aquel muchacho es lo que tenía en su zurrón. Se trataría de pescado secado al sol y salado, era la única conserva que por aquel entonces se conocía. La otra vianda era pan de cebada, lo dice explícitamente el texto. Nada de pan blanco de harina de trigo, bollos, torta o galletas. El pan de cebada era el cotidiano de los pobres.

Primera enseñanza, pues, la austeridad y generosidad.

Eliseo, el gran profeta sucesor de Elías, indica al buen hombre que le traía con veneración religiosa, unos panes de calidad, de las primicias, aunque también el texto señala que eran de cebada, que los reparta entre la multitud. El profeta era optimista, visionario, idealista. El criado un sanchopanza realista. Tan poco como había, se iba a repartir entre una multitud, era broma pesada e inútil. Una migaja a cada uno ¿de qué les saciaría?.

La Fe del profeta y la sumisión del criado está por encima de la realidad que se aprecia con los ojos. Comen todos y sobra ianda ya!

La mejor semilla, plantada en mal terreno no germina. La Fe del más ilustre y estudioso intelectual, si no es honesto, humilde, leal y generoso, no prospera. Por más armamento pesado y tecnología bélica que posea una nación, si sus ejércitos y sus ciudadanos no están unidos, si se disputan el mando y ambicionan dominios, aquel territorio perderá su libertad. Estas son las enseñanzas de Pablo a los efesios, esto es lo que requiere Dios que hoy nos preguntemos, si deseamos progresar cristianamente.

El gran milagro, el asombroso prodigio de que una multitud hambrienta pueda saciarse, se inicia con la pequeña generosidad de un muchacho. ¿qué hubierais hecho vosotros, mis queridos jóvenes lectores, si os hubierais encontrado allí y siendo los únicos que en la mochila llevabais comida?

¿qué hacéis con vuestro poco dinero que tenéis, ante el hambre subsahariana, la miseria de los fugitivos que pretenden atravesar el Mediterráneo, tantos pueblos víctimas de la sequía o del cambio climático?

El criterio no debe ser daré si tengo, sino daré en función de lo que gasto en cosas que no son totalmente necesarias para vivir.